

EL-DILUVIO

10 CENTS.

BOULEVARD
DE LA
RAMBLA



Los habremos de atraer
como ustedes pueden ver.

BEHRING

Al perder la última esperanza, concibió y puso por obra el viaje á Berlin, en busca de aquel Behring de quien todos decían prodigios, después del descubrimiento de la sustancia T, el remedio más infalible de nuestra época.

Oído el dictamen de los galenos, analizados los estupos y comprobada la existencia del bacilo—terrible como los fabulosos animales del cretáceo—, ya no le quedaba á Octavio más que un partido: tomar el expreso, ir á Berlin y pedir al Polidairon la sustancia T y la vida.

Llegó en breves horas á las márgenes del Spree y tuvo la fortuna de ser recibido en el acto por Behring.

A pesar de su valor sereno, Octavio se sintió turbado. Hallábase en presencia de un hombre al cual rendirán pleitesía las generaciones futuras cuando, por la lenta evolución de los tiempos, la misteriosa panacea haya alcanzado toda su eficacia, y comprendió la necesidad de explicar el objeto de la visita.

El médico le miraba en silencio, con la media sonrisa de los hombres superiores que siempre van á resolver algún problema, y Octavio dejó á un lado pequeñeces y preámbulos y abordó bravamente el asunto.

Decidido á todo á tréque de salvar la pelleja, expresándose en alemán luxemburgués, dijo poco más ó menos lo siguiente:

—Señor Behring, hasta ahora la Muerte no me había inspirado más que un respetuoso sentimiento con frecuentes intervalos de olvido y desán, vaga pasión como la que puede encender una reina en su perro favorito. Yo consideraba con atrevida familiaridad á esa nobilísima señora, importándome un comino sus favores ó la remota probabilidad de su llegada, y muchas veces, por trivial motivo, la invoqué

ardientemente y le rendí culto. No la amo ya, y al presente su solo nombre despierta en mí un terror sagrado.

Tengo veintisiete años, he vivido únicamente algunos millares de horas... lo preciso para escuchar 260,000 discursos sobre la tuberculosis ó 520,000 valses de Strauss; y ahora amo á una mujer incomparablemente bella que me corresponde con delirio. Quiero vivir. Hoy me parece encantadora y espléndida esta fugaz comedia representada en el infinito, antes y después de la insosnable eternidad del tiempo. Como usted ve, me hallo al borde del sepulcro, y anhelo vivir... Usted posee una linfa, un secreto, algo que puede prolongar mis días y devolverme mi amor, y yo se lo pido con vivas instancias...

Octavio, al decir esto, cayó de rodillas ante Behring.

El Asclepiade frunció las cejas y le invitó rudamente á levantarse.

—Alce usted, joven; esta escena es deplorable. ¿Qué pretende usted? Hace poco rechacé á un millonario mejicano que me ofrecía el tesoro de los Incas. La hija de un lord me promete, en cambio de dos tubos de linfa, una estatua ecuestre de oro macizo y la construcción de un inmenso hospital que llevaría mi nombre. Y hay que quitar el suyo á la tierra para llamarla... *Behringia ó Behringland*. Es una idea de Percival Lowell. No puedo complacer á usted, porque he de confirmar mis experimentos.

Con la rapidez del rayo el joven se levantó y sacó del bolsillo una pistola sistema Browning, modificada por Brennan.

—Pues bien, dijo—rechinando los dientes, ciego de ira—; te niegas á complacerme, ¿no es cierto? ¡Prefieres tu inútil ciencia á mi preciosa vida! ¡Quisieras tu dar nombre al Universo hasta más allá del límite conocido! ¡Vas á morir, á pesar de tus linfas! ¡Lo oyes, Behring? ¡Te voy á mandar al infierno!

Behring dió en su silla un inconcebible salto.

—¡Es una locura!— balbució—. Pero atienda usted, desdichado... Desvie esa pistola, yo se lo ruego...

—¡Venga la sustancia!— gritó Octavio, aun furioso, á la vez que bajaba el arma—. ¡Le mataré!

—Escúcheme: los periódicos dicen lo que quieren; no he descubierto nada. Mi sustancia T no tiene valor alguno... T significa *Todesstunde* (hora suprema). Es una entruchada científica... una broma de *The Lancet*. ¡Ah, esos periodistas!

La tierra se hundió bajo los pies de Octavio.

—¡Fatalidad!

—¡Pobre mozo!— repuso el médico dulcemente—. ¿Y qué piensa usted hacer?

—Me queda mi Browning... ¡Me mataré!

—¡Bella decisión! ¿Y de qué le servirá matarse?

—¿Qué puedo esperar de la vida? Esta horrible enfermedad me impide casarme y me quita toda esperanza de ventura...

—Pero ¿es usted tuberculoso? ¿Quién se lo ha dicho?

—Los médicos de Iberia me han desahuciado; después de minucioso reconocimiento.

¡Oh, la caridad!



—Toma diez céntimos y no vuelvas tan á menudo. No hace aún una semana te di otros diez.

Los únicos vivas



—¡Viva el Conde de Romanones! ¡Viva el ministro simpático!

—¡Gracias, queridos correligionarios...!

—¡Los médicos! exclamó Behring—. Todavía puede usted salvarse. Cásese y no tema nada. Yo he visto sucesos más notables... en *The Lancet*. Unase con su gentil prometida, y seis ó ocho vástagos me agradecerán el consejo. Vaya usted en paz, amigo mío, algún día hablaremos de eso con mayor calma.

Y le acompañó, casi le empujó hasta la puerta del despacho, la cual se cerró con estruendo detrás de él, ahogando un gran suspiro del Hipócrates de Germania.

Dos meses después Octavio contrajo matrimonio con su amada. Vivieron felices y tuvieron seis hijos más de los que Behring había previsto.

Quizá algún día estos muchachos, cuya robustez es admirable, necesiten ir á Berlin para confortar sus células con la sustancia de larga vida.

RAMON SEMPAU.

EL VIAJE DEL MINISTRO

Y en verdad que no hay mejores
Que se parezcan á Romanones...

(Letra de *El perro chivo* que
puede adaptarse á *Els Segadors*.)

Pocos, muy contados somos los que sabemos la causa verdadera del viaje á Barcelona del conde de Romanones.

No ha venido el ministro á estudiar de cerca la cuestión catalana, ni ha venido para almorzar con Mariano y escuchar discursos á Pla y Deniel, ni para resolver la cuestión de las jurisdicciones y conferenciar de paso con Zurdo de Olivares. Por nada de eso abandona á su Madrid el afortunado chico de Villamejor, aun cuando crean lo contrario media docena de ilusos y mentecatos.

Don Alvaro de Figueroa, conde de Romanones, ministro de la Gobernación, fabricante de pan, fundidor de plomos, ganadero de reses bravas y

comanditario de quince ó veinte cajas de préstamos, hace mucho tiempo que se preocupa más de las múltiples combinaciones en que tiene empleados sus capitales cuantiosos que de la política, que solo constituye un medio para el acreditado hombre de negocios que comparte con el gran cursi la gobernación del Estado.

En el Ensanche de esta ciudad, en los bajos de una casa situada en calle muy céntrica, existe un rótulo que dice *Plomos Figueroa* y en el interior de aquel despacho cualquier empleado con quince duros de sueldo al mes sabe más del viaje del ministro—que tanto ha preocupado al bueno de don Tristán—que el mismo Forgas, el exdiputado analfabeto que, según asegura, es el mejor amigo y el único confidente con que cuenta el conde en Barcelona.

Claro está que era preciso justificar la excursión, y Romanones, que tiene la viveza peculiar

del gatera madrileño, aun cuando sea melon de nacimiento, segun reza el *couplet*, supo arreglárselas de tal manera que hoy puede ufanarse de haber muerto dos pájaros de una pedrada. ¿Dos pájaros? Rectifico. Un pájaro con muchas plumas, el asunto del negocio, y un gato, aquel famoso gato muerto arrojado en fecha memorable sobre el escenario del Nuevo Retiro, que había resucitado en estos últimos tiempos y que el aristócrata consejero acaba de rematar con su muleta.

Y explicado el objeto de su viaje, desengaño ya Zurdo, desvanecidos sus ensueños de futuro John Burns del proletariado español, vayamos á reseñar algunas notas del viaje del ministro que se han dejado en el tintero los cronistas de tanda.

* * *

Comencemos por el escudero de S. E. Durante la estancia del conde en Barcelona se veía por los sitios más concurridos y menos honestos de esta capital un hombre de rostro moreno, barbas enmarañadas y buena ropa. Aquel individuo, con el cual acaso habrá tropezado, lector, confundiéndolo con un vulgar inspector de la nueva policía, aquel hombre lleva dentro de su cabeza insignificante todos los secretos del ministerio. Es Lázaro, antiguo gacetillero con poca ortografía, en la actualidad secretario político del conde de Romanones.

Y á ese, ayer pobre Lázaro, hoy fumador de ri-

cos vegueros y primer consejero del ministro, han ido á parar vuestras razonadas instancias, señores del Fomento; vuestros protocolos de peticiones, cándidos catalanistas de la *Lliga*; vuestros alegatos razonados, propietarios de la calle de Balmes, vuestras observaciones arancelarias, inocentes directivos de las innumerables Juntas de defensa y comités de la condal ciudad.

¡Pirretas! ¡Agulló! ¡Graells! secretarios eminentes y afortunados, las Memorias que vosotros redactasteis y que el ministro llevó en sus maletas, Lázaro ha de juzgarlas. El fallo inapelable que sobre aquellas peticiones ha de recaer será el informe de Lázaro.

Ya no hay clases, ¿verdad, Pirretas? ¿verdad, Agulló?

* * *

La nota íntima del viaje del conde ha sido su miedo, su terror á los silbidos.

Al salir de Madrid, Romanones estaba lívido. Sus compañeros de Gabinete, al estrecharle la mano, le miraban socarronamente como diciendo:

—¡Buena la vas á llevar!

Solo Lázaro estaba sereno. Se comprende.

Como el torero de la anécdota, *más cornás da el hambre*, debía pensar. ¿Qué mella pueden hacer los pitos á quien ha tenido que bregar con todas las patronas y sastres de la villa y corte?

El tren iba á partir cuando en el andén apareció Dato.

—¡La *jettatura*! —dices que exclamó el ministro

Silbó la locomotora en aquel momento, y Ascarrá, el sota-secretario, murmuró con voz queda, como si rezase un Padrenuestro:

—¡Lagarto! ¡Lagarto!

* * *
Pero no hubo pitos. Ni siquiera el vacío que Ruisol anunciaba.

El ministro fué al Liceo y ni aun allí se le silbó. A pesar de tanta fortuna, hasta que salió de Reus fumigado por el incierto de unos cuantos infelices sin noción alguna de derechos de ciudadanía, no perdió Romanones el miedo, que fué su inseparable compañero de viaje.

* * *
Hay un detalle acerca del cual viviremos siempre ignorantes si la casualidad no hace que un día el escudero se emborrache y lo cuente á sus camaradas de juergas nocturnas de la «Viña P.», y es el de que si durante la semana del viaje á Barcelona fueron necesarios más trapos para empapar el pus de la fistula que como marca de fuego selló en la pierna del prócer el recuerdo de la rebeldía filial.

TRIBOULET.



BARCELONA.—¿Conquistarme usted á mí? Se le ve demasiado pronto el pie de que cojea.

PAN Y PALO

«La *Gaceta* de hoy publica un decreto levantando la suspensión de las garantías constitucionales en la provincia de Barcelona».

Telegrama del día 24.

¡Por fin—digo alborozado,— despues de habernos privado de su goce tantos días, nos vuelven las garantías que nos habían quitado!

La Prensa ministerial aprovecha la ocasión para decir muy formal, y sin pizca de aprensión, que el Gobierno es liberal.

Y añade tranquilamente que probó elocuentemente sus buenas disposiciones enviando á Romanones... á comer continuamente, porque es cosa bien sabida que al final de la comida, ya perdida la cabeza, se da con mayor franqueza la opinión apetecida.

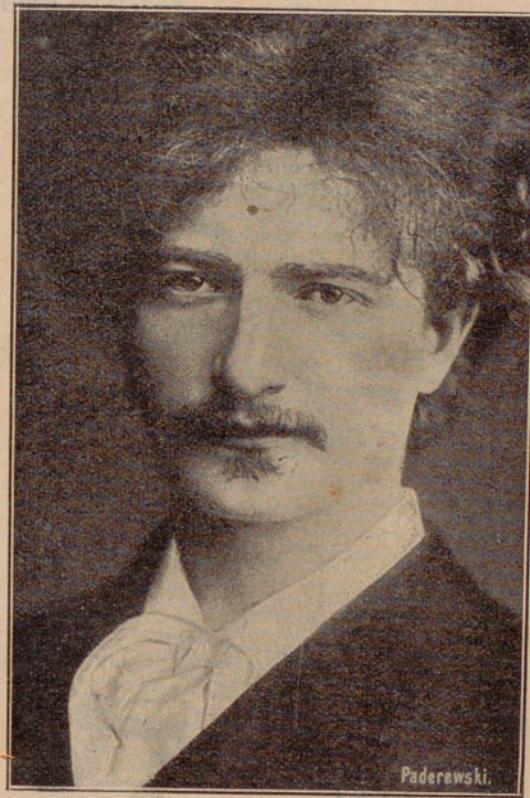
Yo, que soy un descontento que con muy poco me aflijo, la verdad, no me contento, y graves males presiento, porque con pena me fijo en que si bien Romanones nos vuelve las garantías, lo de las jurisdicciones nos puede amargar los días.

¡Fijense en estos renglones!:

«Tambien publica la *Gaceta* una real orden dando instrucciones respecto á la aplicación de la llamada ley de las jurisdicciones».

Telegrama del mismo día 24.

Es tan burda la añagaza con que quieren darnos caza que aplaudirla fuera mengua...



Paderewski.

PADEREWSKI, famoso pianista polaco que dará el próximo Mayo dos conciertos en el Teatro Principal.

¡Se nos quita la mordaza,
mas nos arrancan la lengua!

De aquí que yo me alborote
y no deje de exclamar:
No han hecho más que cambiar
con el pretexto el garrote
con que nos han de pegar.

J. DE ARAGON.

Una historieta de "Sahn-ko"

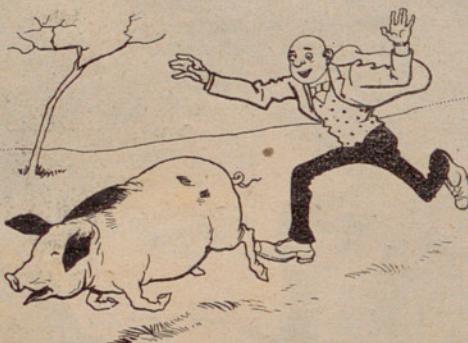
Lector: en el último plúteo de mi modesta librería hay, entre otros recuerdos de viaje, una pequeña, una hermosa anforita. Su forma es achatada; sus pequeñas asas son rectas, angulares, y cuatro fantásticos pies de dragon la sostienen. En la blanquísima porcelana ha pintado *Sahn-ko* unas lindas y vistosas figuritas. Y yo voy á contarte ahora la breve, la sencilla historieta que estas figuritas representan y que he ido descifrando poco á poco, durante esas largas, interminables horas grises, en que paseamos nuestra mirada por todos los objetos que nos rodean y buscamos en los más nimios detalles de las cosas un motivo para fijar nuestro espíritu cansado y errabundo.

La tícna y encantadora *musmé* viste una amplia túrica de color verde esmeralda; rodea su cintura un ancho y blanquísimo *kimonos*, y, casi

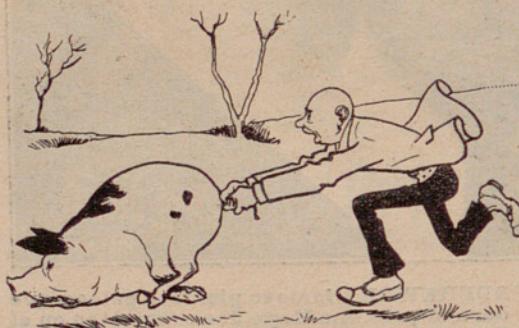
sobre su frente, viene á recogerse su negra y brillante cabellera, coronada por argénteo crisantemo. Su rostro amarillento está ligeramente colorado; sus ojos negros, rasgados, un poco oblicuos, tienen una mirada clara, transparente, y sus manos, que vienen á juntarse en la cintura, sostienen una flor roja, simbólica, que allá, en tiempos remotos, llevaban solo las vírgenes niponas para regalar al que elegían por esposo.

La *musmé* está de pie, rígida, hierática. Y en frente, inclinado ante ella, hay un rico, un anciano mercader. Una dalmática morada, recamada de oro, cubre su cuerpo; lacias canas asoman por debajo del puntiagudo casquete, y sus manos flacas, amarillas, sostienen una bandeja de laca en la que hay profusión de piedras preciosas, sartas de perlas, joyas valiosísimas, que viene á ofrecer á la *musmé*.

Cochinerías



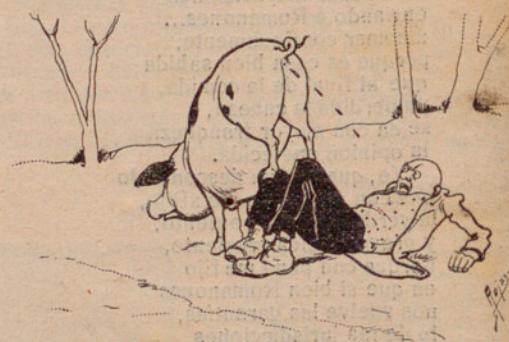
1. ¡Foquito que me gusta tomarle el pelo a los cochinos!



2. —¡Ya lo cacé!



3. ¡Como tira el ladrón!



4. —¡¡¡Cochinoo!!!

Una línea roja separa este cuadrito del siguiente. La bella *musmé* sigue inmóvil. Ante ella está ahora otro anciano. Su rostro es más expresivo; su actitud menos humilde; su dalmática es de un color anaranjado y rameada de oro. Pendan de su cuello riquísimos collares, emblema de su alta jerarquía, y su mano fina, descarnada, ofrece á la encantadora *musmé* una pequeña, una labrada y mágica varita. La virgen, como antes, permanece absorta; sus ojos miran vagamente las azules aguas de un lago, en cuyas verdes orillas crece la sagrada flor del loto.

Y otra línea roja cierra el cuadro. Y, dando una pequeña vuelta á la anforita, vemos ante la extática *musmé* un elegante joven, un simpático *mouko*. Su traje es azul; su porte es distinguido; su mirada es tierna y amorosa, y sus manos sujetan suavemente el melodioso *chamécen*. Pero la bella, la hierática *musmé*, parece no haberse apercibido, y sus ojos siguen vagamente el vuelo de una blanca cigüeña que cruza rauda sobre el fondo azul de aquél cielo sin nubes.

Y una nueva línea roja limita la escena.

En el otro cuadrito hay ante la inmóvil virgen un nuevo personaje. No es joven, ni anciano. Solo algunas canas aparecen entre su negro y lacio cabello. Su estatura es pequeña. La oblicuidad de sus ojos es más pronunciada; sus pupilas

son verdes, inquietas, fulgurantes; su expresión tiene algo de simiesco. Este extraño ser ha contemplado unos instantes á la adorable criatura. Luego, rápido, se ha abalanzado hacia la joven y arrebatado de sus manos la flor simbólica, la flor tan codiciada.

En el fondo de este cuadrito se vé á los tres anteriores personajes contemplando la escena con las cejas enarcadas, estupefactos, un poco admirados. Porque ahora la bella, la ensimismada *musmé* ha caído á los pies del simiesco enano, mirándole sonriente, amorosa.

Sahn-ko ha puesto cerca de su linda boca esos extraños y bellos signos que parecen notas musicales y que un buen amigo me ha traducido. Y estos signos dicen: *Anata bakari*; esto es: Tú el único.

Lector: un rayo de sol primaveral se ha posado en la pequeña estantería, haciendo resplandecer las minúsculas figuritas y los verdes lomos de cuatro tomitos que sirven de pedestal á la anforita.

¿Qué misteriosa atracción ha reunido bajo la obra de *Sahn-ko* á Brantôme, Gautier, Maupassant y Pierre de Luys?

¿Será que en el mundo, como ha dicho el clásico, *todo es uno y lo mismo*?

CARLOS JORDANA.

TENGAMOS FE

Si tuvierais fe, trasladariais las montañas.
Jesus.

I.

La cosa iba muy bien, es decir, muy mal, porque mi pobre tía se moría á chorros. Tenía setenta años, no había querido casarse nunca, de lo cual yo me alegré infinito, era rica y no tenía más herederos que yo. Apenas recibí una carta del médico del pueblo, á quien tenía dado el encargo de que me tuviera al corriente de la salud de la septuagenaria, algo por afecto *sobrinal* y mucho por temor de que alguien se alzara con las ollas repletas de onzas que, según rumor público, guardaba mi tía en el granero, me puse en camino, apechugando con diez horas de tren y ocho de diligencia.

El valor de un sobrino que piensa heredar no tiene límites.

II.

Mi tía tenía dos criados, macho y hembra, casi tan viejos como ella, que me recibieron con la buena cara que puede suponer el lector si yo le digo que también ellos andaban tras las onzas escondidas en los pucheros.

Puse una cara de circunstancias, tiré al suelo la maleta y entré en la sala donde, sepultada en un sillón, estaba la pobre vieja con un gatazo negro sobre la falda.

— ¡Tía de mi alma! ¡Ay, qué desgracia! — exclamé haciendo que lloraba y besándola.

El gato pegó un bufido y salió corriendo; mi tía me miró con sobresalto y asustada.

— Pero ¿qué pasa? ¿Te han dejado cesante?

— Por ahora no; pero he sabido que estaba usted enferma, y como la quiero tanto...

— ¡Ah, vamos! Ya sé que me quieres mucho; pues sí, hijo, he estado muy malita; pero como yo tengo fe, me encomendé al santo de la ermita y me ha puesto buena.

Iba á decir una barbaridad contra el santo y la ermita; pero me contuve. ¡Dieciocho horas de viaje para este *chasco*!

— No sabe usted, tita, lo que me alegro que tengan ustedes por aquí un santo tan milagroso.

Y echando pestes contra las tías ricas que viven donde hay santos milagrosos me fui á ver al médico.

III.

— ¿No decía usted que mi tía se iba por momentos?

— Y así era en verdad; pero, chico, ante la fe no puede nada la medicina. Hay aquí una ermita con un santo que, por lo visto, está reñido con el sepulturero, y apenas una persona está si se las lía ó no, le llevan una vela, le dicen una misa ó le cuelgan un ex-voto de cera, y á vivir como si tal cosa.

— ¡Maldita sea su estampa! ¡Y yo que contaba volverme á Madrid con los bolsillos llenos de *amarillas*!... Quiero ver á ese enemigo de los sobrinos pobres; vamos á la ermita.

— Supongo que no intentarás ningún disparate; no saldrías vivo del pueblo.

— No; sólo es curiosidad y rabia.

— Si es así, en marcha.

IV.

Dentro de un camarín, rodeado de cirios y con todas las paredes cubiertas de mortajas, muletas,

trenzas de pelo, manos, pies, ojos y pechos de cera, alzábase orgulloso, con aire altanero, como dueño y señor de la vida y árbitro del destino humano, mi burlador de herencia.

Era una estatua antiquísima de piedra, cubierta de un manto y túnica que los siglos y el besueo habían casi borrado en la escultura; en la cabeza, á guisa de corona, llevaba unas ramas de laurel y olivo; en la diestra empuñaba un rollo cilíndrico á modo de cetro.

Yo daba vueltas en torno de él como una fieras.

— Gordo y rollizo era el tal bienaventurado. ¿Cómo se llama?

— Nada sé; aquí se le conoce por el *santo de la ermita*. Creo que se encontró enterrado en este lugar hace siglos.

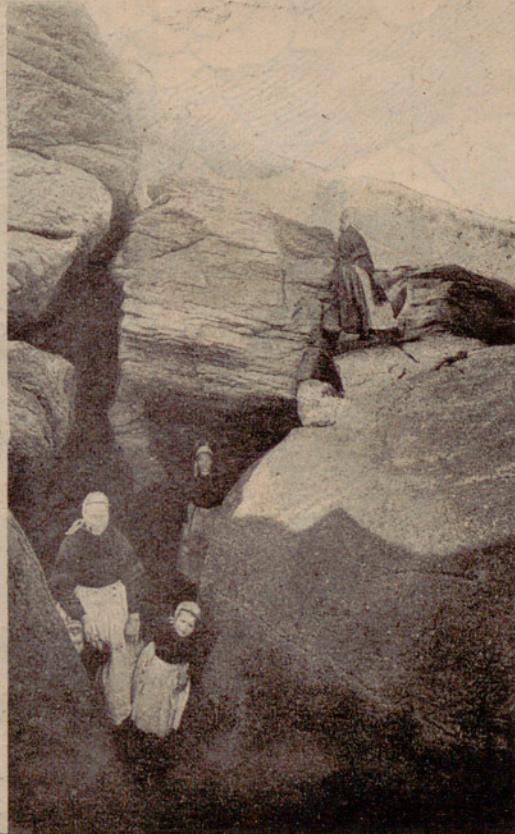
De pronto dí un grito; el médico se acercó asustado. Detrás de la estatua había leído estas palabras, que le señalaba con ira y asco:

Nero imperator. Pontifer Maximus.

El milagroso santo de la ermita era ¡una estatua de Neron! ¡Y, sin embargo, curaba viejas!...

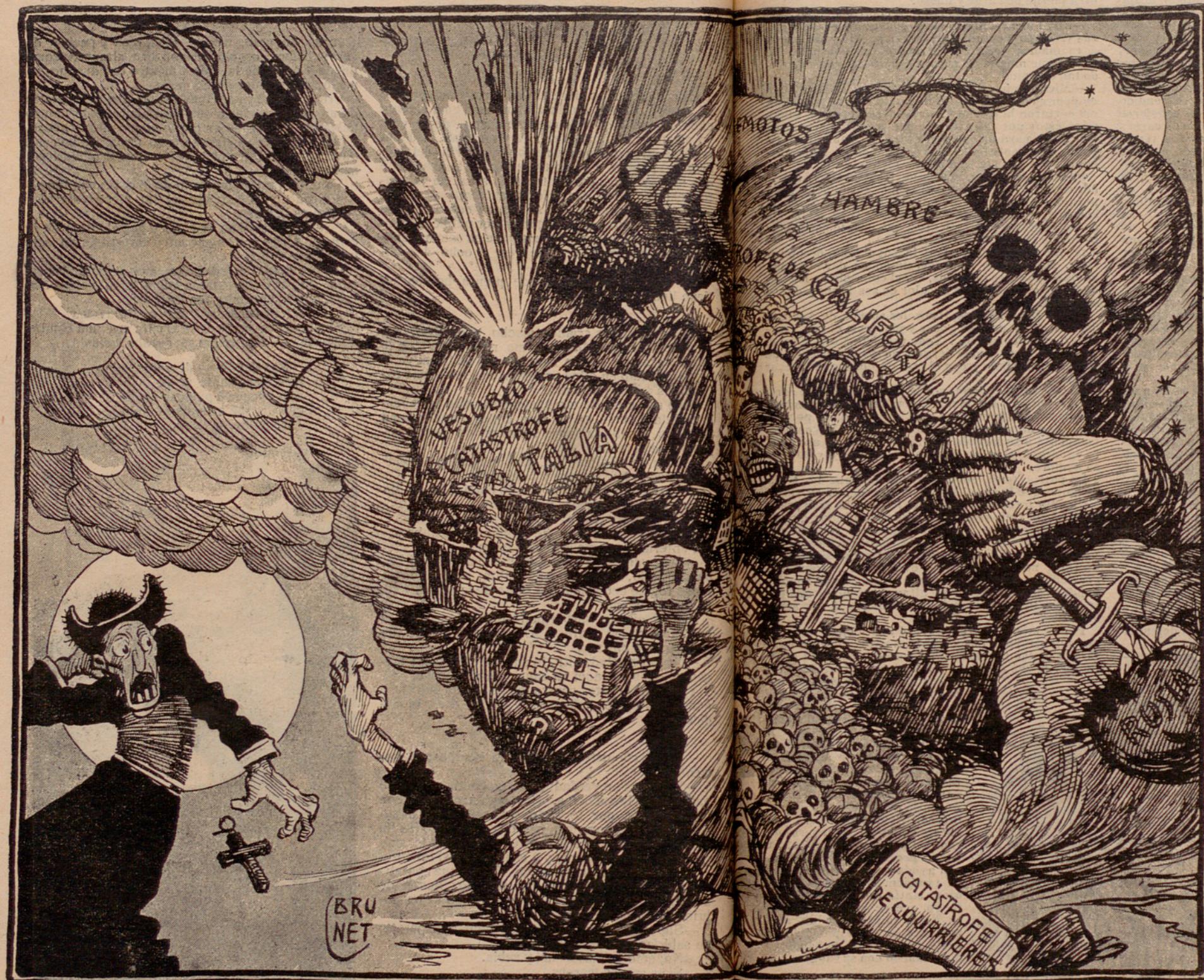
Por donde—y de veras hablo—
bien claramente se ve
que aunque á piadoso retablo
con disfraz se suba el diablo,
hará milagros la fe...

FRAY GERUNDIO.



Airedeedores de Fenmarch (departamento de Finisterre, Francia). Entrada á la Boca del Infierno en Saint-Girencis.

EL FIN DEL MUNDO



Volcanes, hundimientos y temblores; — catástrofes, miseria, males fieros, — horrores — ¡Este es el despíporren, caballeros!

¡Por la patria!

I.

La tarde era calurosa, propia del mes de Agosto. Los rayos ardientes del sol habían convertido el alegre valle en un horno. Ni la más leve brisa agitaba las hojas de los árboles, ni un ligero gorjeo interrumpía el profundo silencio: el viento callaba, los pájaros dormían; solo los rayos solares, brillantes, lujuriosos, dominaba n aquella tierra, besándola, fecundándola, inundándola de luz y calor y dejándola, al fin, como amodorrada, sin alientos para resistir las voluptuosas caricias.

De pronto, vivas detonaciones interrumpieron la tranquilidad y silencio del valle; densas humaredas eleváronse en espirales desde la tierra y, desparramándose luego en forma de nubes, proyectaban en el suelo grandes y movedizas sombras.

La guerra, la temible y destructora guerra venía á despertar, con el silbido de sus balas, los toques bélicos del clarín, los roncos gritos de los combatientes y los ayes de los heridos, á la dormida Naturaleza.

II.

El combate había cesado. Las sombras de la noche, por momentos agrandadas, obligaron interrumpir el fuego á las dos fuerzas enemigas. El humo de la pólvora apenas se había disipado y aun de vez en cuando oíanse aisladas detonaciones.

En el campo de batalla, como vestigios de la sangrienta lucha, habían quedado los cuerpos aun calientes de los que hallaron la muerte, cureñas de cañones, fusiles rotos, cartuchos quemados, charcos de sangre coagulada, todo revuelto y confundido. Atrás dos por la carne muerta, revoloteaban en el espacio grandes pájaros de corvo pico en espera del festín que les ofrecía la estupidez humana.

Aquella tierra fértil, en la que crecían lozanos útiles plantíos, flores y hierba, habíase convertido en campo arrasado y sangriento, montón de desperdicios humanos y de abandonados instrumentos de matanza, y el olor á carne muerta y á pólvora quemada había sustituido al aroma de la vegetación fresca.

III.

Los ejércitos enemigos retiraronse, ni vencidos ni vencedores. Una columna de uno de ellos recibió orden de dirigirse, con los heridos, al cercano pueblo de Vallefloro.

Había cerrado completamente la noche cuando la columna entraña en el pequeño lugar al són de las cornetas y en medio de una densa nube de polvo, seguida por el triste convoy de los heridos.

Mientras se disponía el alojamiento de la tropa los heridos fueron llevados á la iglesia, situada en la plaza Mayor, convertida provisionalmente en hospital de sangre.

IV.

Una sola lámpara, pendida ante el altar mayor, alumbraba débilmente el fondo de la reducida nave, dejando el otro extremo en completa oscuridad. En medio de las sombras que envolvían el templo resaltaba la figura de un Cristo crucificado, suspendido en el altar, y los rayos de la lámpara, al reflejarse en él, hacían relucir el barniz de sus desnudas carnes.

A los lados de la nave estaban los heridos, tendidos en malos jergones y apenas cubiertos por sus mantas pardas. El médico les había hecho ya la primera cura. Todos ellos eran jóvenes, estaban en la plenitud de la vida, en la edad de las ilusiones, de las bellas esperanzas, que no habían de ver realizadas.

De entre ellos, uno había que por la gravedad de su estado desesperaba de salvarlo. La extrema palidez de su rostro, su fiebre altísima y el carácter que presentaba la horrible herida que recibiera no daban lugar á duda: se moría irremisiblemente, sin ver quizás la luz del nuevo día.

Pablo se daba cuenta de ello. Lo había adivinado en la mirada del médico, lo comprendía por el estado general de debilidad que le invadía cada vez más, y esa cruel idea de morir lejos de los seres queridos, sin poder realizar ya sus más caras ilusiones, añadía á sus sufrimientos físicos una angustia moral indecible, torturante, roedora.

Contra su voluntad y violentamente le habían separado de su hogar, obligándole á vestir un uniforme y á empuñar un fusil con la consigna de matar y dejarse matar por la patria. Y había cumplido el mandato como un autómata, sin entusiasmo, matando y dejándose matar. ¿Por qué? Porque así lo hacían todos. ¡Qué estúpido era todo aquello!...

Con gran trabajo incorporóse en el lecho y miró á su alrededor. La iglesia tenía un aspecto triste y sombrío; al levantar los ojos, vió la imagen desnuda y dolorosa del Crucificado, y le pareció que sus ojos le miraban y que sus labios pronunciaban el cristiano é incumplido mandamiento: "No matarás..."

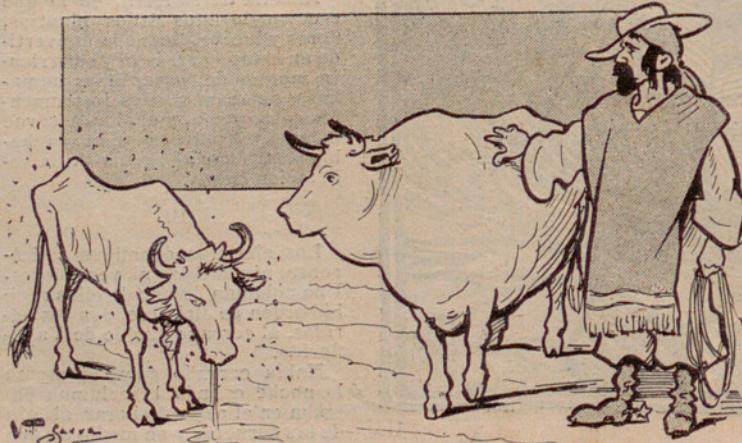
—No matarás, ordena tu doctrina—dijo Pablo en alta voz—, y ya tú ves cómo la cumplimos tus hijos.

—¿Qué dices? le interrumpió el camarada que tenía al lado, á quien habían amputado una pierna.

—Ves allí á Cristo—dijo señalando la imagen—. Pues ahora acaba de decirme: No matarás. ¿Qué tono, verdad? Si no matamos, ¿cómo vamos á defender la patria?

—Me parece que no tienes muy bien la cabeza—murmuró el otro mirándole con lástima.

Nuestros bueyes



EL ARGENTINO.—¿Pero eso es un Lucy ó una cucaracha?

—Oye—continuó Pablo—, á tí te han cortado una pierna; bueno, pues dile á la patria que te ponga otra pierna de carne y hueso.

—Si siquiera fuera de palo...—contestó.

—Tú al menos, aunque sea con una pierna, seguirás viviendo y podrás volver á tu pueblo y abrazar á tu madre; yo... yo no tendré ese consuelo. Me muero, me muero. ¡Y pensar que he de morir de modo tan estúpido!

—Mientras hay vida, hay esperanza, Pablo. Otros en peor estado que tú han curado. Ya tú ves, á mí me cortaron la pierna y no me desespero por ello... Casi estoy por decirte que me alegro, porque así concluirá para mí esa perra vida de campaña... Lo único que siento es el desconsuelo de mi madrecita cuando me vea con una pierna menos...

Pablo no contestó. Sentía un fuego interior que le abrasaba. Su cerebro, extraviado por la fiebre, empezaba á divagar, confundiendo la realidad con el ensueño, el pasado con el presente; pero, en medio de sus confusos pensamientos, una idea le dominaba: la de que se moría sin remisión.

¡Y qué muerte más triste la suya! Solo, desamparado, rodeado de sombras, sin poder dar el último adiós á los seres queridos, sin el consuelo de los cuidados de su madre, sin el calor de sus besos y de sus lágrimas.

Todas las ilusiones, todos los sueños de ventura desvanecidos; no más goces y placeres; ni una esperanza, ni un consuelo... Todo perdido. Moriría como un perro sobre aquel jergón de paja, rodeado de sombras, olvidado y con el ¡ay! de dolor en los secos labios...

Moría por la patria, por la patria cruel que arrebataba los hijos a las madres, que lanza á los hombres contra los hombres, á los pueblos contra los pueblos para que mutuamente se despedacen... Y, como recompensa á su forzado sacrificio, recibiría una tumba ignorada para su cuerpo y el eterno olvido para su nombre.

La patria tenía sobre él el derecho que no tenía la mujer que le dió el ser: el de disponer de su vida.

Un odio feroz contra cuanto le rodeaba hizo presa en su alma. Odio contra los soldados heridos que le rodeaban, la eterna carne de cañón que sin protesta acepta el sacrificio; contra el Cristo crucificado, cuya doctrinas de paz, durante diecinueve siglos predicadas, no habían podido evitar que los hombres continuaran matándose unos á otros, contra aquella bandera depositada en el altar, símbolo de una patria egoista que convierte en enemigos á los seres humanos.

Por su mente delirante cruzó una idea de venganza. Allí estaba la enseña patria, trapo ensangrentado por la que tantos habían dado estérilmente la vida, por la que él mismo iba á morir; allí estaba, bajo

la custodia de un oficial dormido... ¿Por qué no la estrujaba y la rasgaba con sus manos, vengando en ella su muerte miserable?...

Arrastrándose penosamente llegó hasta donde estaba la bandera, la cogió y intentó rasgarla con sus manos. En vano. Faltabanle las fuerzas; se sentía desfallecer á cada esfuerzo. Reuniendo todas sus energías, logró sostenerse de rodillas y llevarse la seda á la boca, probando de rasgarla con ayuda de los dientes. Inútil también. Nublaronse los ojos, sintió como una ola de fuego que se precipitaba por su boca, tambaleóse un momento y cayó desplomado al suelo, envuelto en la bandera, que manchó con su sangre...

V.

Al toque de llamada del clarín iban reuniéndose en la plaza los soldados, preparándose

La caza del león

(HISTORIA MUDA)

para emprender de nuevo penosa marcha. La mayor parte llevaban el uniforme roto y sucio. En sus rostros había dejado honda huella el cansancio y apenas si los cantos y dicharachos de los más alegres lograban prestar cierta animación a los grupos. Muchos soldados, en espera de la orden de formar, sentábanse en el suelo, cruzadas las piernas y con el fusil enhiesto; otros rodeaban a los vendedores ambulantes y no pocos invadían la cercana cantina. Algunos chicuelos, descalzos y desarreglados, correteaban por entre los grupos, recibiendo caricias y pescosones.

Un oficial montado llegó a la plaza, dió órdenes a un corneta y éste empezó el toque de formación.

El sol asomó su disco aun pálido tras la próxima colina, iluminando con sus primeros rayos a la plaza Mayor, rebosante de soldados en continuo movimiento. Por una de las calles desembocó al poco rato el general, seguido de sus oficiales. Casi al mismo tiempo en la puerta de la iglesia apareció un sargento, que se dirigió corriendo al encuentro de su jefe.

—Mi general—le dice cuadrándose y saludando militaramente.

—Qué hay?

—Se ha encontrado a uno de los soldados que estaban heridos, muerto en medio de la iglesia, abrazado a la bandera.

—¿Cómo ha sido eso?

—Parece que por la noche, cuando todos dormían, sintiéndose morir, fué arrastrándose hasta donde estaba nuestra gloriosa enseña, y abrazado a ella lanzó su último suspiro.

Un movimiento de admiración agitó a cuantos escuchaban el relato.

—Señores—dijo el general dirigiéndose a los oficiales—, es preciso honrar la memoria de ese héroe.

VI.

Tenue claridad alumbraba la iglesia. Frente al altar palidecía la lámpara, lanzando sus últimos destellos; algunos hilillos de sol, introduciéndose furtivamente en el sagrado recinto, se deslizaban hasta el suelo, precisamente en el lugar en que descansaba la cabeza de Pablo, medio oculta por los pliegues de la ensangrentada bandera.

A ambos lados del cadáver formaba una compañía de soldados y a un extremo estaban el general y sus oficiales.

El templo, envuelto en semi-oscuridad, la imagen angustiosa del Crucificado, el cuerpo caído de Pablo, los rostros graves y tristes de los soldados, todo contribuía a producir una profunda sensación de mudo dolor.

—¡Soldados!—exclamó el general tendiendo hacia el cadáver el desnudo acero—. Murió abrazado a la bandera. Dedicó su postrer aliento a la patria. Fué un héroe...

Levantó la espada, oyóse el redoble del tambor y los soldados presentaron las armas.

En la boca del muerto parecía dibujarse una sonrisa de dolorosa ironía.

ADRIAN DEL VALLE.



ZARANDAJAS

TARTARINA Y TARTARIN

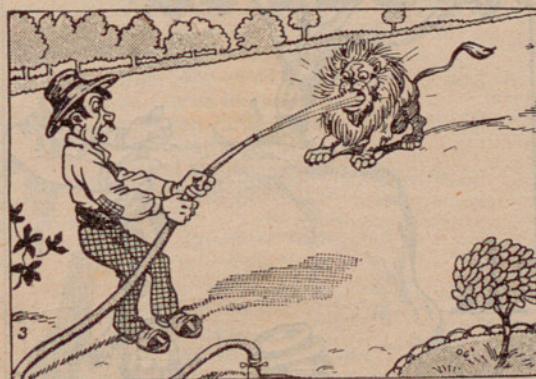
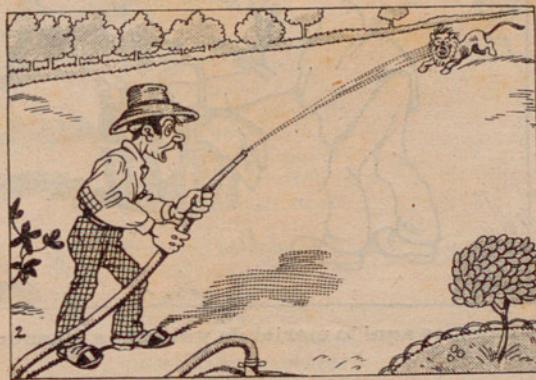
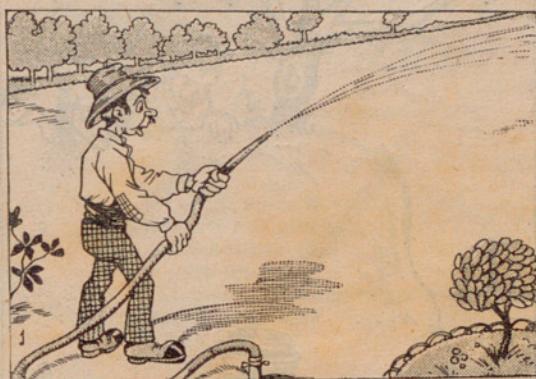
Rocambolicemos.

Los tinteros de la Redacción estaban vacíos; Planas de Taverne se había teñido el bigote y lustrado las botas. Algo sensacional debía ocurrir.

¿Qué era ello?

Azorín no sabía nada; iba con Valentí Camp y se había contagiado.

Todo se supo al fin. Teníamos visitas en casa.



Leyendo



—Dejemos aquí la merienda y sigamos leyendo



...los alimentos han encarecido tanto y van estando tan altos, tan altos...

Mme. du Gast y el conde de Romanones estaban en Barcelona.

Tartarina y Tartarin habían coincidido. La una había terminado su viaje por África; el otro venía á asomarse á las ventanas de Europa.

Mientras Tartarin reproducía la graciosísima escena de la *cacería de gorras*, almorzando en el Gobierno civil, comiendo en la Capitanía general, volviendo á almorzar en la Diputación, cenando en casa de Marianao y al día siguiente en casa del baron de Bonet; mientras esto hacia Romanones, Mme. du Gast recibía á Planas de Taverne en... en el *smoking-room* del hotel.

¡Jesús qué tabaco más fuerte! Hé aquí una señora que recibe á los periodistas en el fumadero.

Pero, en fin, Romanones recibió á muchas gentes en su despacho oficial... para fumárselas

Es decir, recibirlas no las *recibió*; fué otra la suerte de toreo: *aguantar*.

Pero no hubo *hule*.

Enterémonos de lo que piensa Tartarina du Gast, ya que Romanones, como ministro español, no piensa nada.

«Mme. du Gast—escribe Planas—es partidaria incondicional del Roghi, á quien considera muy superior al sultán, tanto por sus dotes intelectuales como por...»

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Nada, no asustarse «...por el gobierno *interno* de la región que domina.» ¡Ah...!

Luego averiguamos que Mme. du Gast es capaz de dar el salto de la garrocha, ya que, según Planas, «el talento de Mme. Camille sabe saltar de lo terrible á lo conciso», y también que tuvo su miñita de bronca en un hotel de Sevilla con los camareros, «que no la permitían encerrarse en su cuarto con el profesor de español».



...pero han de bajar rápidamente.

Y ¿qué necesidad tenía de encerrarse? pensarán ustedes. Hombre... el verbo amar, pongo por caso, siempre se conjuga mejor á puerta cerrada. Puede haber niños en la casa y no está bien que se enteren de la confusión de lenguas, frecuente en el aprendizaje de idiomas.

Se comprende la bronca y la indignación de madame du Gast; lo que no se comprende es que, como dice Planas, las mujeres del harem del presidente mirasen «con admiración, y quizás con envidia, á la mujer libre, representante de una civilización redentora, y cuya vida independiente habla mejor en favor de la penetración - subraya Planas ¿eh? - pacífica que todas las Conferencias de Algeciras».

¡Cielos qué sospecha! ¿Será verdad, como dijo Dumas y se empeñan en ratificar Costa y Unamuno, que el África empieza en los Pirineos? ¿Habrá venido Mme. du Gast como representante de esa civilización redentora y penetrante?

Me siento penetrable. Tanto como impenetrable el secreto de la coincidencia del viaje de Romanones y Mme. du Gast.

Ventalló ha badoado. Su volcánica imaginación no ha echado ni humo. Yo, yo solo lo he descubierto todo.

Voy á epatar á todo el mundo.

¿A qué vino Romanones? ¿No fué á eso de la suspensión de garantías? Pues bien, Mme. du Gast vino á eclipsar á Romanones.

El conde venía á ver si se podía levantar la suspensión de garantías. Su competidora ha venido á levantarla.

¡Y Monegal sin visitarla..! ¡Ni Collaso siquiera! ¡Solo Planas! ¡Ingratos!

JERÓNIMO PATURO.

Reporter con penetración.



Una singular pareja de laponés que se exhibía en las fiestas de Ockelbo (Suecia)



Se queda entre nosotros
el duque de Bivona;
amable ha retirado
al fin su dimisión.

Se queda entre nosotros.
La suerte nos protege.
¡Dios sea bendecido!
¡Bendito sea Dios!

¿El, que es tan elegante,
dejar á Barcelona?
¿El, tan acicalado,
quererse de aquí ir?
¿El, que es tan distinguido,
dejar á la Pubilla...?

Nos ha compadecido.
¡La ha retirado al fin!
Por lo que lo celebro
de verdad que así sea
es porque de ese modo
ninguno volverá
á traer maquinitas
de aquellas que tragaban
perras gordas y nunca
las devolvían ya.
También he de alegrarme
por si tomara en serio
eso de los teatros
que actúan por ahí.

A ver si, por lo menos,
quiere al fin preocuparse
de que no nos revendan
al cinco mil por mil.

Si, además, consiguiera
que los guardias dejasen
guardado en su casita
su eterno malhumor,
¡qué felices seríamos
si encontráramos guardias
que al hablarnos tuviesen
alguna educación!

No sigo, pues seguro
estoy que si siguiera
hablando en estos versos
de lo que hay que arreglar,
podía suprimirse
todo cuanto haya escrito
para incluirlo en esta
sección del "¡Agua va...!"

**
El anuncio de *La gatita blanca* creó al Brusí un verdadero conflicto.

Su tradicional pudor no le permitía anunciar la obra; pero, en cambio, las perras que cuesta el anuncio le parecían muy dignas de entrar en caja.

Y, claro, con buena voluntad se arregló la cosa.

Y el arreglo fué no nombrar en el anuncio *La gatita blanca*, poniendo en su lugar: *Otra zarzuela*.

Con lo cual la caja y la moral quedaron satisfechas.

Pero todo tiene sus quiebras. Ahora basta ver que el Brusí anuncia otra zarzuela para que el teatro se llene de gente.

Y los empresarios contentísimos. ¿Qué mayor reclamo podían hacerles...? **

La fundicion Masriera creo que ha suspendido los pagos.

Lo cual no tiene nada de particular.

Pero ¿saben ustedes cuál es la causa?

Pues que el Estado le debe 18,000 duros de las obras del monumento á Alfonso XII.

Con este motivo ha sido despedido todo el personal de la fundicion.

El cual irá viviendo como pueda estos días.

Pero se puede calcular que á este paso tendrán que celebrar la boda del rey como la Iglesia ordena que se celebren las vigilias de las grandes fiestas.

Con abstinencia y ayuno.

M. d'Albrant, correo secreto del Zar, ha sido encarcelado en Londres por ataques al pudor con...

Más vale callar.

Está visto que los rusos marchan en todas las cosas á retaguardia...

El colmo de la avaricia:

No ir á los entierros para no verse obligado á dar el pésame.

Alba se opone á que los vi-

llaverdistas se unan á Maura.

¿Y saben ustedes por qué?

Pues por disgustos que tiene con el yerno de don Antonio,

Ante todo los ideales políticos y las convicciones.

Mejora de día en día
nuestra hermosa policía.

Llega de Gobernacion
una reorganización.

Y enseguida los ladrones
entran de nuevo en funciones.

Sale otro nuevo decreto
dando otro cambio completo.

Y aumentan los timadores
y surgen estafadores.

Aquel que cobra el barato
esta que hace lo del gato.

Y mientras existe un primo
habrá uno que le dé un timo.

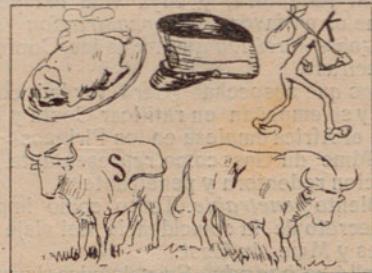
Que, a que salga la *Gaceta*
repleta
de nuevas disposiciones,
harán siempre los ladrones
aquí su dicha completa.

Pero ¡cómo se divierten
los señores concejales!
Pasan horas y más horas
diciendo frases y frases,
charlando hasta por los codos,
alegrándose, enfadándose,
gastándose chirigotas,
murmurando cual comadres.

Y al cabo de mucho rato
advierten que ya es muy tarde,
se levanta la sesión...
¡y que Barcelona pague!



JEROGLÍFICO



Concurso n.º 17.-EL DIABLO



Quieren ustedes embolsarse los duros que ofrecemos como premio? Pues el medio es muy sencillo: Cótense en cuatro piezas las figuras que aparecen fuera del círculo que contiene la diabólica efígie y colóquense encima de ésta de modo que cubran los trazos irregulares del dibujo y pueda verse el rostro de un caballero que no tiene parecido alguno con Lucifer. Entre los que remitan la solución, que publicaremos en el número correspondiente al 19 del próximo Mayo, se distribuirá por partes iguales un premio de 50 pesetas; caso de ser solo uno el que la remita, á él le será adjudicada la referida suma. Las soluciones, que únicamente se admitirán hasta el día 13 del referido mes, deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el nombre del remitente y las señas de su domicilio.

CHARADAS

(De Francisco Masjuan Prats)

Un *prima dos* de café,
un *tercia cuatro* de trigo
el otro día compré,
y á más un *total* de vino.

(De Manuel Noé)

Cuando pasa la *tres cuarta*
por la tienda de Roman,
prima dos éste y la dice:
—Es usted una beldad,
y dudo que haya en el mundo
otra moza más *total*.
Si usted quiere ser mi esposa
yo la llevaré al altar.

(De M. Talugar B.)

Dentro el *total* de mi cuarto
mi hermanito *dos tres cuatro*
encontróse un *prima dos*,
y yo tanto me asusté
que enseguida la cogí
y al *tercia dos* la tiré.

SOLUCIONES

Al CONCURSO N.º 16. — LLAVES MODERNISTAS

Ena de Battenberg.—Alfonso XIII

(Correspondientes á los quatreros de cabeza del 14 de Abril.)

AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



A LAS CHARADAS

Atilano
Mariano

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Encrucijada

Han remitido soluciones. — Al concurso número 16: Josefa Valero, San Antonio, 50 bis, 2.º, 1.ª (Gracia); Carmen Feliu, Balsas de San Pedro, 5; María Gurri Mateu, Proviencia Alta, 117, tienda (Gracia); Nicolasa Ramos, Campo, 12 (Gracia); Carmen Llovet, Allada, 51, 1.º, 1.ª; Aurelia Arnau, Buesuques, 8, entresuelo; Emilia Jaime, Muntaner, 41, 4.º, 2.ª; Florentina Torrent, Arco San Ramón, n.º 4, 1.º; Leocadia González, idem; Francisca Nanot, Balmes, 25, 5.º, 1.ª; Ana Bec, Lladó, 8, 2.º, 2.ª; María de los Angeles Lladó, Junqueras, 12, 5.º; Lucita Ricord, Paseo Madolell, 17 bis, 1.º, 2.ª; Lucía Ruano, idem; María Corrons, Carretera de Mataró, 503, tienda; B. Artís, Prim, 17 (Badalona); José Pallarés, San Ramón, 6; Francisco Riu, Claris, 45 (Tarrasa); Ramón Esteve, Escudillers, 55, 5.º, 1.ª; José Puig T., Pedro Bertran, San Francisco, 2 (Masnou); Julio Gallegos, Pasaje Bernardino, 14; Juan Rodés, Ginebra, 9-11, 1.º, 1.ª (Barceloneta); Marcelino Jiménez, Escudillers, 55; José Ventura, San Severo, n.º 6; José Bonafont, Joaquín Estall, Palau de la Platería, n.º 7; José Nogués, Carmen, 41, bajos; J. Llorca, Paseo Bernardino, 25; Agustín Villar, San Vicente, 10, 5.º, 1.ª; Mario Negre Castellá, San Antonio Abad, 14, tienda; M. Verdell, Riera del Pino, 4; Angel Estapé, Diputación, 219, bajos; Francisco Basora Martí, Jaime I, 11; José Iñesta Saurí, Diputación, 160, 4.º, 1.ª; Hermenegildo Camps, Botella, 4 y 6, tienda; Juan Alés, Unión, 6, principal; José Hernandez, Lealtad, 27, 5.º, 1.ª (Gracia); Eduardo García, Lauria, 93, entresuelo, 2.ª; Ponciano Ortega Rodríguez, Arco Teatro, 25, tienda; José Arola, Cabanes, 6, entresuelo, 1.ª (Gracia); Maximiliano Rodeles, San Pedro de Taulat, 52, 1.º, 2.ª; Fernando Hermosa, Barberá, 16 bis, 5.º, 1.ª; José Mitjans, Elisabets, 15, 5.º, 2.ª; Francisco de Cueto, San Paciano, 2, 5.º, 1.ª; Antonio Andreu, Cortes, 500, 4.º, 1.ª; Enrique Gras, Travesera, 51-55, bajos (Gracia); Francisco Codina, Alta San Pedro, 8, bajos; Luis Gil, Barberá, 16 bis, 5.º; Francisco Escrivá, Trafalgar, 72, principal; Pedro Riquelme, Condal, 18, 2.ª; Ginés Janer, Viladomat, 58, 1.º, 2.ª; Francisco Vaello, Paseo de Noguera, 27 (San Martín); Anacleto Girbau, Mallorca, n.º 170, 2.º, 2.ª; Juan Miranda, Entenza, 45, 5.º, 1.ª; Ramón Rubio, Mallorca, 4, 5.º; Emilio Vilá, plaza del Angel, n.º 10; Luis Rafols Prat, Princesa, 34, 5.º, 1.ª; José Rafols Prat, Princesa, 23, tienda; Juan Rafols Prat, idem; Gaspar Agulló, Santa Clara, 11, 2.º (Barceloneta); Antonio Agulló, San Olegario, 25, 4.º, 1.ª (Barceloneta); Jaime Franci, Tamarit, 94 y 95; Manuel Noel, Condal, 19, 5.º, 1.ª; Agustín López, plaza de los Cuartelos, pabellón número 4 (Reus); Salvador Armengol Aguilà, Providencia Alta, 117, tienda (Gracia); Manuel Rodés, Ginebra, 9-11, principal, 1.ª (Barceloneta); Alfonso Carranza, Santa Fe, n.º 20, 5.º (Palma de Mallorca); Juan Guasch, rambla Triunfo, 95 (Pueblo Nuevo); Joseph Corrons, Carretera de Mataró, 510; Xavier Mingall, Flassaders, 54, tienda; Valentín Soler, Jerusalén, 50; Emilio García, Fonollar, n.º 2, 5.º, 2.ª; Conrado Batllori, Gignás, 6, 2.º; José Llovet, Allada, 51, 1.º, 1.ª; José Llovet, idem; José Petit, Tomás Sureda Ramón, paseo Colón, 8; Montserrat Grau, Jaime I, 11; Fermín Izquierdo, Laurel, 94, y Francisco Ubeda Pineda, Conde Asalto, 35. Entre dichos señores se distribuirán las 50 pesetas ofrecidas como premio.

Al rompe-cabezas con premio de libros: Julio Suñer, Juan C. Feliu, José Iñesta Saurí, Andrés Vallverd, José V. M., Juan M. Mollá (Vitoria), Antonio Agulló, Francisco Vaello, Domingo Vilá Durán, «Un admirador de Moret por embuster», Luis Rafols Prat, Jaime Batalla, Francisco Batalla, José Rafols Prat y Juan Rafols Prat. Corresponden á cada solucionante siete cupones canjeables por libros.

A la primera charada: Conchita Bach, Julio Suñer, Vicente Borrás Baiges (Mataró), José Prats Serra, José Grogues, José Casas Minguell (Mataró), Santiago Valls Palleja, Arturo Martín, Antonio Llanas, Antonio Agulló, Francisco Vaello, Salvador Bergés, Manuel Colomé y José Rafols Prat.

A la charada segunda: Julio Suñer, Vicente Borrás Baiges, José Prats Serra, José Grogues, José Casas Minguell, Francisco Valls Palleja, Antonio Agulló, Francisco Vaello, Manuel Colomé y José Rafols Prat.

← ANUNCIOS →

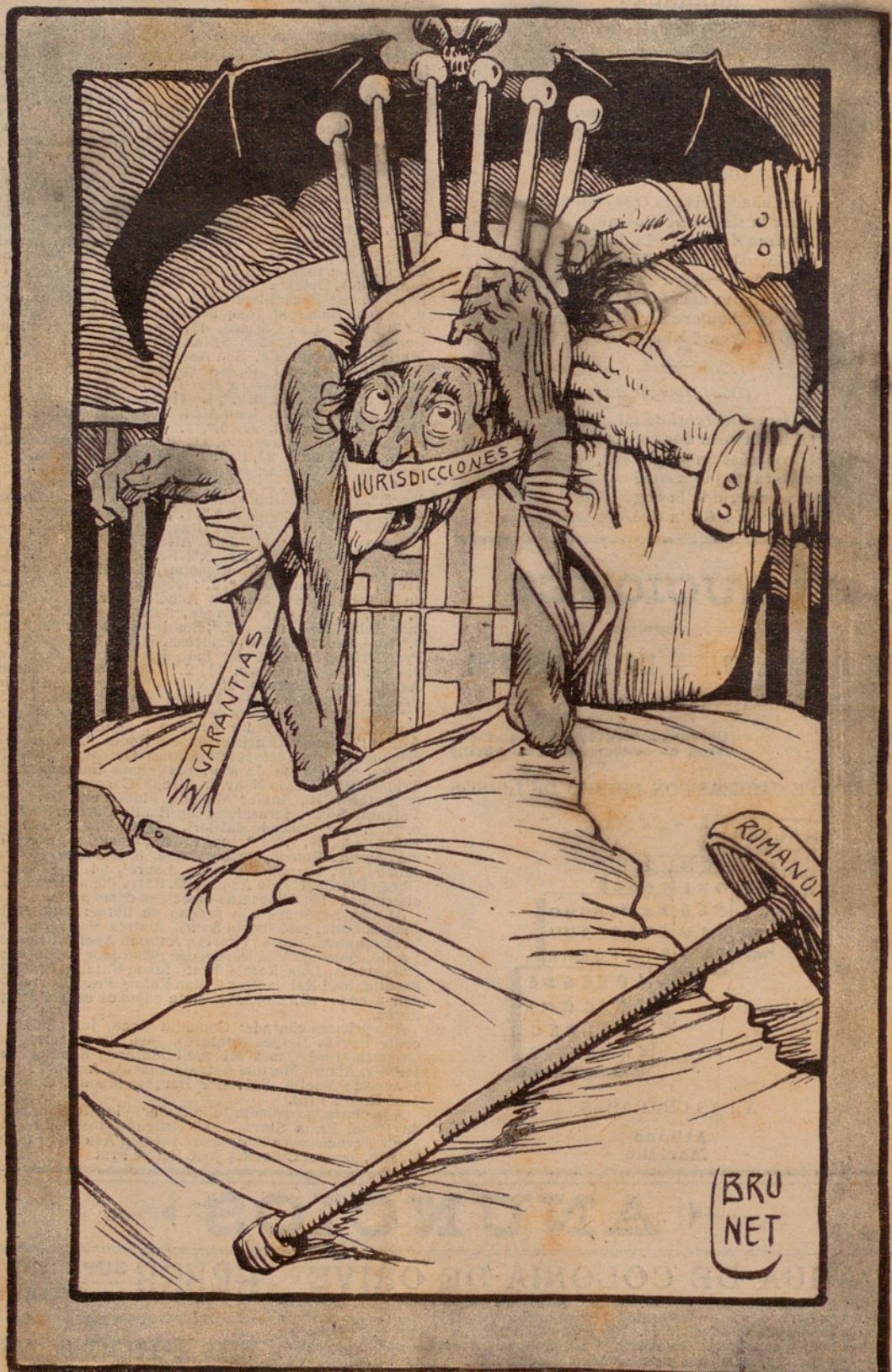
AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Las grandes cantidades de Agua de Colonia de Orive que se gastan en España se explica por su superioridad incomparable y su baratura sin igual, y por las facilidades de su adquisición. Por 8'50 ptas., 2 litros; 16 ptas., 4 litros. Se manda franca estaciones pidiéndola á Bilbao á su autor, remesando su importe.—Por frascos, farmacias y perfumerías desde 3 á 26 rs. frasco.

GRASA SUPERIOR ♦
para CARROS

MARCA

EL PROGRESO



La verdadera secuestrada